

## Nagorno Karabaj 2015: actualización de un conflicto en rápido deshielo

Mikail Darbinyan

15 Diciembre 2015

El arrugado relieve montañoso del Cáucaso del sur es el hogar de un Estado no reconocido: Nagorno Karabaj. La autoproclamación de independencia de éste en 1991 dio lugar a una sangrienta contienda bélica entre Armenia y Azerbaiyán, que hoy muchos temen tiene posibilidades de reanudar. En la nueva *Guerra Fría* entre Washington y Moscú una guerra abierta en la zona es lo que ambos buscan evitar, en parte porque la prolongación del conflicto está en sus intereses para justificar su presencia en la región. El conflicto de Nagorno Karabaj es en efecto un tema casi olvidado en el ámbito académico. Esto no rebaja su importancia histórica especialmente por el hecho de ser la primera manifestación de la emancipación entre los pueblos que componían el mosaico étnico de la difunta URSS.

Este pequeño territorio de un tamaño similar al de Asturias fue escena de una guerra encarnizada de seis años (1988-1994) entre la población armenia y azerí. El conflicto surgió tras décadas de descontento de la población armenia debido a la entrega del territorio por las autoridades soviéticas a la entonces República Soviética Socialista de Azerbaiyán. Con las políticas de la Perestroika y Glasnost en marcha, la mayoría armenia basándose en el derecho a la autodeterminación de los pueblos, se enfrentó primero a las autoridades soviéticas y luego al recién creado gobierno en Bakú para conseguir la independencia. La guerra terminó en 1994. La frontera establecida entre Karabaj y Azerbaiyán desde entonces consiste en un sistema de trincheras y fortificaciones separado por una *tierra de nadie* que recuerda a las de la Primera Guerra Mundial, equiparables a la zona desmilitarizada entre las dos Coreas.

Tras la guerra, comenzó un período de reconstrucción auspiciado tanto por la República de Armenia, como por la diáspora armenia. El período de paz que siguió al cese del fuego de 1994 fue corto. Después de heredar el gobierno de su padre en 2003, el actual presidente de Azerbaiyán, Ilham Aliyev, ha desarrollado una campaña para recuperar la integridad territorial de Azerbaiyán, con constantes amenazas de guerra mediante un discurso cada vez más violento. Con el apoyo incondicional de la República de Armenia a Karabaj, que es en esencia la misma nación, el conflicto se ha transformado en una guerra entre Armenia y Azerbaiyán. Por ende, no se trata de una guerra interna entre separatistas y un estado como erróneamente se la conceptúa a veces, sino entre dos estados, Armenia y Azerbaiyán, ambos con ejércitos regulares dotados de tecnología moderna que ven al otro como amenaza existencial para su seguridad nacional.

A nivel internacional, el conflicto se encuentra en una situación extremadamente compleja y delicada. La multitud de gobiernos, multinacionales petroleras, empresas de armas, lobbies y organizaciones internacionales involucrados, cada uno con un interés particular, no hacen sino agravar la situación. A diferencia de los conflictos en Siria, Ucrania, Kosovo y Palestina donde se ve claramente la posición de los gobiernos involucrados, en la cuestión de Nagorno Karabaj los gobiernos mantienen una posición ambigua. Washington y Moscú son los actores con mayor peso en el Cáucaso y ambos se abstienen de apoyar en demasía a los bandos



El punto de mayor tensión desde la guerra ocurrió en noviembre de 2014 cuando Bakú llegó a derribar un helicóptero Mi-24 de la Fuerza Aérea armenia durante ejercicios militares matando a los tres tripulantes. La copresidencia del Grupo de Minsk (Washington, París y Moscú) y la ONU junto con otros gobiernos expresaron sus preocupaciones de inmediato, temiendo que la situación desbordase al marco del *status quo* en una nueva guerra abierta. Desde entonces la situación sigue muy tensa con constantes movilizaciones de tropas de reserva y ejercicios militares de gran escala en ambos lados. El conflicto, que parecía congelado, está ya en claro deshielo.

Los últimos años han demostrado que no existe un apaciguamiento del conflicto. Entre los problemas que persistirán, el más grave seguirá siendo la falta de un acuerdo entre Bakú y Ereván sobre una paz duradera. Actores como las Naciones Unidas y el Grupo de Minsk de la OSCE ceden ante Washington y Moscú sus capacidades de influencia en el conflicto. Estos últimos buscan una solución favorable a sus intereses geopolíticos en la región (Rusia recientemente ha aprobado un importante suministro de armas a Armenia, tras el derribo de un avión S-24 por Turquía). Mientras ninguna de las dos potencias esté en condiciones de sobrepasar a la otra, ambos buscarán mantener el *statu quo*. Se descarta que una nueva guerra pueda aportar una solución favorable a uno de los bandos, debido a las enormes pérdidas que se derivarían para las multinacionales inversoras en Azerbaiyán. Dichas pérdidas se traducirían en la interrupción del flujo de hidrocarburos a Turquía, Georgia, Israel y la Unión Europea. Esta situación garantiza el contexto actual y las evaluaciones de la dictadura en Bakú frente a un hipotético ataque iniciado por Armenia, al considerar que sería respondido inmediatamente con el apoyo de Occidente a Bakú. En este contexto, Aliyev se siente libre para hostigar a Ereván y, a la vez, poner a prueba su máquina de guerra.

Desde la perspectiva de la ciudadanía armenia y azerí, las nuevas dimensiones del conflicto ahondan y alimentan el odio mutuo, particularmente para las nuevas generaciones de jóvenes que nunca ha tenido contacto entre ellos. El conflicto quedará plasmado en la conciencia colectiva de ambos pueblos: un separatismo para Azerbaiyán y una lucha por la autodeterminación para Armenia, y obstruirá toda posibilidad de una reconciliación y, consiguientemente, una paz duradera.